

SAN FRANCISCO CARACCILO, FUNDADOR DE LA CONGREGACIÓN DE CLÉRIGOS MENORES

Día 4 de junio

P. Juan Croisset, S.J.

De la ilustre familia de los Caracciolos, distinguidísima en la Italia, enlazada con las principales casas de aquel país y con las del reino de España, procedió D. Francisco Caracciolo, quien contrajo matrimonio con Doña Isabel Baratuchi, señora en nada inferior á sus circunstancias. Retirados ambos de la ciudad de Nápoles á la provincia del Bruzo, donde poseían gran parte de sus estados, tuvieron la dichosa sucesión de cinco hijos, que consagraron al servicio del Señor, excepto el primogénito, que llevó la casa. Nuestro Santo fue el segundo que dio á luz Isabel el día 13 de Octubre del año 1563, en el pueblo llamado Santa María. Criáronle sus padres con el mayor desvelo en el temor santo de Dios; pero su bello natural é inclinación á la virtud facilitaron más que todo el deseado efecto de su buena educación.

Aplicáronle sus padres, á los seis años de edad, á que estudiase latinidad; y, como se hallaba dotado de un ingenio excelente, logró tener á los nueve de ésta y de la retórica un perfecto conocimiento; de que resultó ser su conversación muy sazonada y elocuente en los progresos que hizo después en las ciencias. Dedicado en su juventud al manejo de las armas, siendo su cuidado principal el cultivo de la virtud y modo de edificar con el ejemplo de su vida, no se distrajo de este objeto, ni se

entregó á la licenciosidad que, por lo común, causa tantos males á los jóvenes que se dedican á esta profesión. Visitólo el Señor á los veinte años con una enfermedad tan maligna, que en breve tiempo se cubrió de lepra. Desahuciado por los médicos, y desamparado de sus amigos, que huyeron de él temerosos del contagio; leyendo en este aviso el desprecio del mundo, convertido al Señor, le prometió abrazar el estado religioso, para dedicarse enteramente en su santo servicio, cuando fuese de su agrado darle vida, como se verificó milagrosamente.

Aunque jamás olvidaba Francisco el cumplimiento de su voto, con todo esperaba ocasión oportuna para ponerle en ejecución; venciendo en el ínterin las sugerencias fortísimas con que el enemigo de la salvación intentaba separarle de su propósito. Pasó á Nápoles con motivo de visitar á sus parientes, é instándole un día un amigo á que saliesen á pasear, habiéndose excusado por cierta oculta providencia, supo después que le cosieron á puñaladas. Reflexionando sobre el hecho, y estimulándole el desgraciado suceso, como aviso del Señor para no dilatar más tiempo su promesa, principió á disponerse con rígidos ayunos y asombrosas penitencias.

Vivía en Nápoles por aquel tiempo Juan Agustín Adorno, natural de Génova, llamado por Dios para que fundase una nueva religión en su Iglesia, según le profetizó San Luis Beltrán en los claustros del convento de Santo Domingo de Valencia, en cierta ocasión que pasó á España; y aunque por entonces no hizo mucho aprecio del vaticinio, habiéndole comunicado, después que volvió á su patria, con su director el P. Basilio Pignatelli, le alentó este gran Padre al cumplimiento del aviso profético, llevándole consigo á Nápoles, para que fuera de su país pudiera ejecutarlo con menos obstáculos.

Ordenóse Adorno de sacerdote y se incorporó en la hermandad de los Blancos, ó de Nuestra Señora del Socorro, sita en Nápoles, conforme lo había hecho nuestro Francisco, para ejercer los oficios de caridad con los enfermos, encarcelados y ajusticiados, cuyo objeto era el designio de aquel respetable cuerpo. Tenía Adorno en la ciudad un íntimo amigo de la misma congregación, llamado D. Fabricio Caracciolo, abad de Santa María la Mayor. Escribióle un papel en que le daba cuenta del vaticinio dicho y de su intento, rogándole se dignase contribuir con su autoridad á su laudable empresa. Llevó el conductor por equivocación el escrito á nuestro Santo, en tiempo en que se hallaba en oración, pidiendo al Señor que le manifestase la religión en que era de su agrado le sirviese; leyóle con atención, y, aunque le envió á Fabricio, conocida la equivocación, con todo, reflexionando que no hay acasos en la Divina Providencia, teniendo por indicio de la voluntad de Dios aquel aviso, buscó á Adorno y, refiriéndole lo ocurrido, se ofreció gustoso á contribuir al establecimiento de la nueva religión.

Reunidos los tres expresados con los vínculos de la caridad más pura, determinaron formar la Regla de los Clérigos Menores, conforme á la ilustración que del Cielo había recibido Adorno.

Pasaron á Roma Adorno y Carácciolo, animados de un mismo espíritu, á obtener del papa Sixto V la aprobación de la nueva religión; y conseguida, en efecto, vueltos á Nápoles hicieron su profesión en manos del vicario general, por ausencia del arzobispo, en el oratorio de la Virgen del Socorro, en el día 9 de Abril de 1589, en cuyo acto se mudó Caracciolo su primer nombre de Ascanio en el de Francisco, por la grande devoción que profesaba al Seráfico Patriarca, á quien deseaba imitar con su vida.

Después que allanaron las muchas dificultades que ocurrieron en Nápoles sobre su fundación en Santa María la Mayor, unidos con superior asistencia, deliberaron ambos pasar á España, á fin de plantear en ella el nuevo instituto; pero por entonces no pudieron conseguirlo, á causa del decreto que acababa de expedirse sobre que en el reino no se admitiesen nuevas religiones. Vueltos á Italia, pasó Adorno á Roma en solicitud de la confirmación de sus breves por la santidad de Gregorio XIV, y, conseguida, pasó á Nápoles, adonde, habiendo caído gravemente enfermo, descansó en el Señor, cargando todo el peso y gobierno del instituto sobre Carácciolo, á quien, en el primer Capítulo que celebró la religión en el año de 1593, eligieron General.

Gozó poco tiempo Nápoles de su amable presencia; porque, ardiendo en su corazón los más vivos deseos de establecer su religión en España, volvió segunda vez á ella, puesta en el Señor toda su confianza.

La mayor oposición que tuvo Carácciolo para poner en ejecución su proyecto fue la del Consejo, en fuerza del decreto referido; en vista de lo cual pasó al Escorial, donde se hallaba Felipe II, de quien no pudo lograr favorable despacho. Padebió muchísimo Carácciolo, hasta que, en cierto día que se hallaba desfallecido, hablándole un caballero, con pretexto de Informarle de su pretensión, le contó sus miserias, y le socorrió liberalmente, alentando su confianza y asegurándole conseguiría su objeto.

Empeoró la salud del Rey con los dolores de gota que padecía, y, escrupulizando sobre la repulsa que dio á Carácciolo, le mando á llamar inmediatamente para que le instruyese de su deseo; hizolo con efecto, y, entre tanto que informó á Su Majestad, cesaron los dolores de gota; agradecido de tal beneficio, le envió al arzobispo de

Toledo, con orden de que contribuyese al establecimiento del nuevo instituto. Con este auxilio dio principio á su laudable intento, en una estrecha casa que le cedió al efecto un caballero, disponiendo en ella, del modo más conveniente, las oficinas necesarias para una comunidad. Mereció, por su celo infatigable en el pulpito y confesonario, granjearse la veneración de toda la corte.

Mucho trabajó el enemigo común para destruir tan benéfico instituto, y al efecto se valió del mismo caballero protector de nuestro Santo, infundiendo en su ánimo inmotivadas sospechas de la mala inversión de las limosnas, en tales términos que el Consejo dio orden para que se cerrase la iglesia y que saliesen los religiosos de la corte en el preciso término de seis días. Con inalterable paciencia sufrió este golpe Caracciolo; y confiando, como siempre, en el Señor, pasó al Escorial y logró que, informado el Rey del suceso, se suspendiese lo mandado; empero sus enemigos, irritados con él, le hicieron padecer otras muchas contradicciones. En medio de todo, se vio precisado á pasar á Italia, á establecer su instituto en varias partes que lo deseaban con vivas ansias, y con el auxilio del cardenal Montalvo logró informar al papa Clemente VII de lo mucho que padecía su establecimiento en la corte de España, y conolido Su Santidad, le dio la más expresiva recomendación para el Rey católico, la que fue bastante para sosegar y allanar todas las dificultades.

Apenas terminó los negocios que con el Santo Padre tenía que tratar, se dirigió á Nápoles, donde sus habitantes le recibieron con las mayores muestras de amor, debido al gran concepto que de su eminente virtud tenían formado.

Después que en Italia perfeccionó sus establecimientos, volvió por tercera vez á España, y

trasladó sus religiosos á la casa del Espíritu Santo. No sólo á su vuelta á la corte encontró orilladas todas las dificultades, sino que, habiendo sabido que trataban de castigar á los falsos impostores, se interesó con los jueces para que les perdonasen; acción que acrecentó el crédito de su virtud.

Con el objeto de aumentar su religión pasó á Valladolid, donde mereció de Felipe II una crecida suma para su fundación y que honrase con su presencia la dedicación de su nueva casa. Logró también, venciendo las mayores dificultades, la fundación del colegio de Alcalá de Henares, para que sus religiosos estudiasen en aquella célebre Universidad, considerando no menos precisa la sabiduría que la virtud para recomendar su instituto.

En medio de tan penosas fatigas, jamás dispensó el rigor de sus mortificaciones: ayunaba tres días á la semana á pan y agua, y maceraba sus carnes con sangrientas disciplinas; llevaba ajustado al cuerpo un jubón de cilicio, y las noches las pasaba la mayor parte de ellas en la contemplación de los misterios de la Pasión y Muerte de Jesucristo, sobre la cual dejó escritas meditaciones para los siete días de la semana.

Su devoción para con la Santísima Virgen, á quien llamaba su piadosa Madre, fue fervorosa y tierna. A todo el mérito de la eminente virtud de Caracciolo daba un superior realce su profundísima humildad: tenía de sí formado tan bajo concepto, que quiso firmarse *Francisco el Pecador*; buscaba siempre arbitrios para disimular los prodigios que ejecutaba, publicando que era la más vil y despreciable de todas las criaturas.

Logró, en fin, que le exonerase su religión del oficio de superior, á fuerza de sus repetidas instancias,

representando á los Padres en un Capítulo que deseaba disponerse para morir retirado del mundo. Concedido este favor, eligió para su habitación un hueco de la escalera del convento, donde se ocupaba todo el día y noche en una oración continua, en altas contemplaciones y santos ejercicios de penitencia, acreditando Dios su eminente santidad con los dones de profecía, discreción de espíritus, lágrimas y milagros.

Hallábase gustosísimo el siervo de Dios en su pobre habitación, logrando en ella extraordinarios favores celestiales, cuando tuvo aviso de los Padres de San Felipe Neri de Auñón, en el reino de Nápoles, que deseaban profesar su religión, ofreciéndole para el establecimiento del instituto en aquella población una nueva iglesia, y, casa, y comunicando al general esta noticia, le mandó concurrir personalmente á la elección. Obedeció al momento Francisco este mandato; mas, al tiempo de entrar en aquella tierra, exclamó: *Aquí será mi descanso por los siglos de los siglos.* Recibiéronle los dichos Padres con las demostraciones más reverentes, pero les duró poco su gozo; porque, acometido á los dos días de su llegada de una fuerte calentura, le postró en cama con peligro inminente; en esta disposición escribió á los cardenales Gimnasio y Montalvo, encargándoles encarecidamente la protección de su Orden; y, habiendo recibido los santos sacramentos con la mayor ternura y devoción, entregó su espíritu en manos del Criador, á las siete de la tarde, el día 4 de Junio del año de 1608.

Su cuerpo, que desde el instante que expiró despedía de sí una suavísima fragancia, se mantuvo en el féretro por espacio de tres días para satisfacer la devoción de las innumerables personas que concurrieron á venerarle, después de los cuales determinaron abrirle, y se halló ceñido con un áspero cilicio, bajo el que estaba una plancha de hierro, tan adherida á la carne, que costó

mucho trabajo despegarla; y quedándose los Padres de Auñón con el corazón y las entrañas, se hizo la traslación de su cadáver á la iglesia de Santa María la Mayor de la ciudad de Nápoles.

Desde luego quiso el Señor manifestar la santidad de su siervo por medio de muchos milagros; y justificados plenamente los que obró en vida y después de su muerte con el heroísmo de sus virtudes en el proceso informativo hecho al efecto, expidió el decreto de su beatificación la Santidad de Benedicto XIV en el día 4 de Junio del año de 1769, en el mismo día de su exaltación al trono. En el año 1807, Pío VII expidió el Breve de su canonización. Una reliquia de nuestro Santo se venera en la iglesia parroquial de San Martín de esta corte, donde se le celebra función.

La Misa es la cotidiana de difuntos, y la oración la siguiente:

¡Oh Dios, Criador y Redentor de todos los fieles, conceded á las almas de vuestros siervos y siervas la remisión de todos sus pecados, para que obtengan por las piadosas oraciones de vuestra Iglesia el perdón que siempre desearon de Ti! Que vives y reinas...

La Epístola es del cap. 11 del Apocalipsis.

En aquellos días: Oí una voz del Cielo, que me decía: Escribe: bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora les dice el Espíritu que descansen de sus trabajos, porque sus obras los acompañan.

REFLEXIONES

Ahora les dice el Espíritu que descansen de todos

***sus trabajos.* No es esta vida el tiempo del descanso. Nació el hombre para el trabajo, y es la vida un mar agitado de continuas olas. Es una perpetua navegación. ¡Qué tempestades se han de experimentar! ¡Qué escollos, qué borrascas, qué naufragios se deben temer! Es una continua guerra. ¡Qué combates se han de dar! ¡Qué asaltos se han de sufrir! ¡Qué estratagemas, qué ardides del enemigo se han de precaver! ¡ Cuántos géneros de enemigos hay que superar! Es menester estar siempre de centinela contra los sentidos. El primer traidor es nuestro mismo corazón; conspiran casi todas las criaturas para ganarle y corromperle; el amor propio es nuestro mayor enemigo; el mundo tiene jurada nuestra pérdida. No es el mundo lugar de reposo. ¡ Qué caro no costó á las vírgenes necias un breve rato de sueño! Al siervo flojo y perezoso ¡cuánto le costó su pereza! Sobre todo, el tiempo del trabajo es corto, y á un puñado de días laboriosos seguirá, una eternidad dulce, tranquila y sosegada. Sólo el Cielo es lugar de descanso donde reina una eterna calma. Luego que entra el alma en el gozo de su Señor, acabáronse los cuidados, las inquietudes, los afanes, las pesadumbres; todo se desterró, todo se olvidó en aquella dichosa mansión; y, si se hace alguna memoria de ello, es para que la alegría presente sea más pura y la quietud más deliciosa.**

El Evangelio es del cap. 6 de San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús á la muchedumbre de los judíos: Yo soy el pan que vive, que he bajado del Cielo. Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente, y el pan que Yo daré es mi carne, *la que daré* por la vida del mundo. Disputaban, pues, entre sí los judíos, y decían: ¿Cómo puede éste darnos á comer su carne? Y Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi

carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día.

MEDITACIÓN

De la muerte de los justos.

PUNTO PRIMERO.—Considera qué cosa tan dulce es morir cuando se ha vivido bien. Es la muerte pena del pecado; conque, en rigor, solamente debe causar dolor á las almas manchadas con la culpa.

¿Ni cómo puede menos de llenar de, consuelo y de alegría á las que vivieron en un continuo ejercicio de las virtudes cristianas? ¿Puede dejar de morir contento el que muere santo?

La muerte de los justos, dice el Profeta, es preciosa en los ojos del Señor; le es muy agradable. Todo lo precioso se estima; en cualquiera parte en que esté, se cuida mucho de ello. Aunque mueran los justos destituidos de todo humano consuelo, como un San Pablo primer ermitaño, como un San Francisco Javier; aunque mueran de repente, nunca es imprevista su muerte, siempre tiene Dios cuidado de ellos muy particular. ¿Cómo puede dejar de ser feliz una muerte tan preciosa? Con efecto, todo debe contribuir y todo contribuye al consuelo de las almas justas en aquella hora. ¡Qué consuelo, qué gusto no siente en ella un hombre que vivió cristianamente, que se entregó á la virtud, que se dio al ejercicio de la penitencia! Y la esperanza de lo futuro ¿cómo puede menos de mitigar los dolores del estado presente?

Ya, en fin, se pasó todo lo que parecía penoso en el servicio de Dios; ayunos, retiro, penitencias, mortificación, trabajos, desprecios, rigores, austeridad,

todo se acabó; el bien y el mal igualmente se desvanecieron. ¡Qué consuelo el de aquella hora por no haber hecho todo el mal que se pudo! ¡Y qué alegría por haber practicado todo el bien que se debió! Y más cuando se trae á la memoria el dolor que entonces se tendría de no haberlo practicado.

PUNTO SEGUNDO. — Considera la impresión que hacen, así en el ánimo como en el corazón de un moribundo ajustado, las reflexiones que le ocurren cuando está para morir, después de haber tenido una vida verdaderamente cristiana.

El punto que se trataba era no menos que de una eternidad feliz ó de una eternidad desdichada. Mi salvación era mi único negocio: haber manejado con acierto todos los demás y haber errado éste, sería haberlo perdido todo, y estuve muy á peligro de errarle. ¡Ay de mí si le hubiera desacertado! Este pensamiento me estremece; pero acértele por la misericordia de Dios. ¡Oh Señor, y cuánto consuela este pensamiento!

Representémosnos un hombre que viene de una provincia muy distante para un negocio de la mayor importancia. Trátase en él no menos que de su honra, de su hacienda y de su vida; llega en el tiempo crítico para hablar al príncipe, para informar á los jueces, para responder á las acusaciones, para justificar su causa; un día, ó dos horas más que se hubiera detenido, ya llegaba tarde; cerrábase el proceso, y se le condenaba á muerte sin remedio. ¡Qué gozo sería el de este hombre por no haberse detenido á fiesta ni diversión en el camino!

¿Se arrepentirá entonces de no haberse detenido á gozar algunas fiestas, ó de no haber disfrutado alguna mayor comodidad con que pudo hacer la jornada, haciéndola más despacio? Sobre todo, si llega á

entender que tantos otros que hacían el propio camino y se hallaban en el mismo caso, ó por dejarse vencer de las importunas instancias de sus falsos amigos, ó por haber hecho muchas paradas, ó por querer caminar con todas las conveniencias perdieron el pleito, y para colmo de su desdicha, después de perder toda la hacienda, perdieron también la vida en una afrentosa horca. Imagina, si es posible, pensamiento de mayor consuelo, gozo más puro ni más sólido, satisfacción más completa. Pues todo esto no es más que una imperfecta figura de lo que pasa en la muerte de los justos.

No permitáis, Señor, que algún día me sirvan de esta desconsolada materia tan saludables y tan concluyentes reflexiones. Asistidme con vuestra divina gracia para que viva como vivieron los santos, á fin de morir como los santos murieron, y acompañarlos después en la vida eterna de la Gloria. Amén.

JACULATORIAS

Dichosos aquellos que mueren en el Señor.—*Apoc.*, 14.

Muera yo con la muerte de los justos, y sea el fin de mi vida semejante en todo al suyo.—*Núms.*, 23.

PROPÓSITOS

1. Ninguno hay que no desee morir con la muerte de los justos, ninguno que no tenga envidia á su dichosa suerte. La muerte á todos nos iguala; por ella todos quedan á un nivel. Clases, dignidades, empleos, nacimiento ilustre; en la muerte todo se acaba, todos estos títulos dejan de serlo, y entonces no hay otros derechos que los que da la virtud. Vida pura, devoción sólida, bondad exacta, caridad sin mezcla, mortificación

continua, observancia constante; todo esto es lo que consuela, esto es lo que se estima, esto lo único que da contento en aquella última hora. Y ¿por qué no será todo esto el objeto de la ambición y la materia de los cuidados mientras dura la vida? Todos convienen en que ésta es la mayor fortuna, que se puede hacer; todos sabemos el secreto para hacerla; todos tenemos en nuestra mano los medios; ¿por qué razón no nos serviremos de ellos? Toma desde este mismo punto la generosa resolución de trabajar eficazmente, con el auxilio de la divina gracia, en hacer esta gran fortuna. Acuérdate que la vida más observante, más mortificada, más ejemplar será inútil si no logras una buena muerte.

2. La Congregación de la Buena Muerte está hoy muy extendida, no sólo en toda Italia y en la mayor parte de las ciudades de Francia, sino también en muchas de España. Si la hubiere en el pueblo donde resides, alístate luego en ella, pues no tiene otro fin que facilitar los medios para que tengan una dichosa muerte todos sus congregantes. Por ser esto lo que importa más á todos los fieles, han franqueado los sumos pontífices el tesoro de la Iglesia á todas esas piadosas fundaciones, que sólo obligan á vivir de manera que se consiga la muerte de los justos, y á rogar incesantemente unos por otros para lograr la gracia de una dichosa muerte.